

# OTRO FIN DE MUNDO ES POSIBLE

## *Burning down the house*

Es el año 2020 y la humanidad arde sobre una pila de basura creada por ella misma<sup>1</sup>. Su situación pareciera no alejarse demasiado de lo que hace 500 años retrataban los cuadros de pintores flamencos como Pieter Bruegel o Hieronymus Bosch, pero todas las alegorías de la catástrofe quedan cortas ante el profundo sentido de desesperación que caracteriza a la civilización que sus nobles sociedades nos heredaron. La *cotidianidad* nos acorrala, ¿qué queda por hacer?

Uno de los mayores descubrimientos teóricos de la modernidad, junto con la teoría de la evolución o la relatividad, entre otros, ha sido el del *inconsciente*<sup>2</sup>. Tal como soñamos de manera incontrolable, así también hacemos y decimos cosas en nuestra vida cotidiana que no determinamos o controlamos conscientemente. Estas ocurren como resultado de mecanismos que operan en un nivel más profundo al que nos es difícil acceder intelectual o racionalmente. Nadie puede verse la nuca, ni morder sus propios dientes.

Las teorías sobre *lo inconsciente* se desarrollaron más o menos en el mismo periodo que las teorías sobre la alienación y la ideología, todas corresponden a una misma época de producción y reproducción social. El mundo estaba cambiando rápidamente entonces y la narrativa del progreso, obnubilada por sus infraestructuras y *gadgets*, parecía no estar demasiado interesada en el *cómo* ni en el *por qué*. Las *cosas* avanzaban a su propio ritmo.

Ahí donde el psicoanálisis vio un comportamiento neurótico preso de una *falsa conciencia*, la crítica de la economía política —otro de los desarrollos teóricos revolucionarios de la época— vio un “sujeto automático” programado para su autodestrucción. Desde luego, eso no quiere decir que inconsciente y *fetichismo de la mercancía*<sup>3</sup> sean equivalentes. El hecho es, más bien, que el último es una manifestación del primero. Un rasgo que sí comparten es que ambos tienen

---

<sup>1</sup> La temperatura promedio global ahora es 1º C más alta que al comienzo del siglo pasado. Así, a medida que ciertas partes de la tierra se secan, los incendios aumentan en probabilidad e intensidad. Durante el 2019, se quemaron más de 20 millones de hectáreas considerando solo los megaincendios del Amazonas y Australia. El mundo literalmente se está transformando en un infierno con zonas cubiertas por llamas de manera permanente.

<sup>2</sup> Descubrimientos para los occidentales, pero no necesariamente para la humanidad. De un tiempo a esta parte, la arqueología y otras ciencias que estudian el pasado humano, han podido constatar que civilizaciones previas a la judeo-cristiana occidental, incluso ya extintas, tuvieron un alto grado de desarrollo del conocimiento respecto de los fenómenos naturales (ya sean terrestres o más allá de la tierra), físicos y químicos (del cuerpo humano y la materia), como de cuestiones que van más allá de la materia (espiritualidad, psicología, etc.). Paradigmático resulta el caso de la tradición tántrica, por ejemplo. La genialidad de los avances registrados hacia finales del siglo XIX consistió no solo en el contenido de las observaciones, sino quizá sobre todo en la capacidad de articularlas en el lenguaje de la ciencia y la modernidad. No se puede decir lo mismo de la economía política, cuya crítica consistía y estaba determinada justamente por una *especificidad histórica*.

<sup>3</sup> “El sujeto no es el hombre sino la mercancía en cuanto sujeto automático. Los procesos vitales de los hombres quedan abandonados a la gestión totalitaria e inapelable de un mecanismo ciego que ellos alimentan pero no controlan. La mercancía separa la producción del consumo y subordina la utilidad o nocividad concretas de cada cosa a la cuestión de cuánto trabajo abstracto, representado por el dinero, ésta sea capaz de realizar en el mercado”. Anselm Jappe, “Las sutilezas metafísicas de la mercancía”, 2016, disponible en [aquí](#).

sus propias “reglas”, que van mucho más allá de lo que cualquiera de nosotrxs es capaz de controlar conscientemente<sup>4</sup>.

Es esta inercia la que produjo la montaña de basura sobre la que nos estamos autoinmolando. ¿Desde cuándo? Parece que desde tiempos inmemoriales. Casi no alcanzamos a distinguir desde cuándo sufrimos tanto y esa es una prerrogativa muy peligrosa para quienes temen al cambio. “La guerra es parte de la naturaleza humana” dicen algunos con total naturalidad mientras desprecian como un resabio “primitivo” el que culturas alrededor de todo el mundo veneren la tierra como a una madre. Luego, al constatar la poca diferencia que existe entre los contemporáneos de Gilgamesh y la brutalidad militarizada, los fanáticos, los explotadores y los explotados del siglo XXI, resulta tentador ponerse a hablar de una condición “transhistórica” de la humanidad, de una *naturaleza humana*. El terror solo aumenta cuando comprobamos que esta sentencia se repite también a lo largo de nuestras propias biografías: ¿cuándo hemos sido realmente dueñxs de nuestro destino? El mal-estar que provoca la mercantilización de la realidad, sin embargo, no es endémico de nuestra especie.

La vida de todxs está permanentemente siendo saqueada por unos pocos. La historia nos ha entregado pruebas suficientes de cómo y por qué, así como pistas claras sobre cómo evitarlo. ¿Por qué entonces una parte de nosotrxs mismxs se rehúsa a aceptar algo que en otros tiempos era de *sentido común* como, por ejemplo, que somos parte de nuestro entorno? Por miedo, entre otras cosas. Por miedo a perder su “propiedad”, sus “privilegios”, sus “razones”. El Ego patriarcal y mercantilista de nuestra civilización está aferrado a una serie de imágenes e ideas abstractas que garantizan su dominación concreta; siente un miedo profundo a soltar sus identificaciones, aún cuando son falsas y/o autodestructivas. Esas imágenes e ideas se defienden por la fuerza de las armas o las razones de Estado<sup>5</sup>.

Enfrentados a la grandeza oceánica de “lo que no saben” —es decir, lo que está más allá de sus propias identificaciones, conocimiento o propiedad— los cretinos que detentan el poder huyen desesperados en dirección a la nada y nos arrastran con ellos. Lo único que importa es huir. Si puede ser en un yate o una transbordador espacial, tanto mejor.

En el mundo al revés esta huida aparece en las ciencias y en la política internacional como una institucionalización de la “conciencia de la catástrofe”. No por casualidad, desde finales de los sesenta, se multiplican los tratados y conferencias consagrados a regular la “actividad humana”

---

<sup>4</sup> En la teoría psicoanalítica el inconsciente no tiene un carácter negativo. De ahí que el proceso terapéutico que propone involucre como gran motivo el volver *consciente lo inconsciente*, transformar el Id en Ego, algo que podría resumirse como un profundo sentido del *darse cuenta*. No porque se vuelvan evidentes los conflictos ocultos en el inconsciente, sino porque el inconsciente aporta una cantidad de información que el contenido ficticio, engañoso e ideológico de la consciencia es incapaz de reconocer por sí solo, limitando su propia percepción de la realidad.

<sup>5</sup> Para mayor información consultar: “Por la razón o la fuerza”, s.f. En Wikipedia disponible [aquí](#); Julio Cortés, “La Ley de Seguridad del Estado como instrumento de represión política” 2020. Disponible [aquí](#).

sobre el medio ambiente: durante esta época se comienzan a observar las primeras catástrofes a escala planetaria asociadas a la producción industrial transnacionalizada<sup>6</sup>.

De hecho, a pesar de que los efectos devastadores de la empresa capitalista vienen siendo padecidos por las sociedades que le sobreviven desde sus albores, el reconocimiento de ello se manifiesta hoy solo como una extensión del circo de los burócratas y activistas de la “sustentabilidad”, mientras las catástrofes se suceden una tras otra.

Desde la Conferencia de Estocolmo de 1972 hasta la COP25 de 2019, cada uno de estos eventos se agota en una recombinação de declaraciones de principios, agendas y planes de acción que pretenden domesticar la *irracionalidad* de la producción y el consumo capitalistas *dentro* del Estado, dentro de *la política* que la hace posible.

La causa por el “desarrollo sostenible”<sup>7</sup> nos quiere hacer pagar los costos de la reconversión de las industrias a “fuentes de energía renovables”, o sus prácticas social y ambientalmente “responsables”, sin poner fin a la apropiación sistemática de los explotadores de la potencia de las fuerzas naturales (y humanas). En otras palabras, sometiendo una vez más las necesidades humanas y las condiciones de la vida planetaria a las necesidades del sujeto automático.

A nivel de la vida cotidiana esto último lo podemos observar en las incesantes transformaciones del valor que, en su carrera por aumentarse a sí mismo, arrasa con todo a su paso<sup>8</sup>. Lo que, en los términos espaciales y sociológicos de hoy, se conoce como *gentrificación* se ha vuelto una de las manifestaciones más flagrantes de este proceso para los habitantes de las áreas urbanizadas del mundo<sup>9</sup>. Pero lo cierto es que solo quienes siguen presos de la moral culpabilizante de la época —esa que obliga a expiar el pecado de la existencia a través de la obligación de trabajar, de consumir, de militar— están dispuestos a pagar ese precio.

Siguiendo una lógica que solo profundiza las contradicciones, la humanidad desesperada inventa nuevos pedestales desde los que saltar al vacío:

Estamos a punto de conectar el mundo físico al internet: el planeta y todo lo que está sobre este se volverán cosas en la ‘Internet de las cosas’. Y no solo páginas web acerca de las cosas. Lo que

---

<sup>6</sup> Por ejemplo, la de Torrey Canyon en 1967. El catastrófico hundimiento de este buque petrolero propiedad de la corporación liberiana *Barracuda Tanker Corporation* —una subsidiaria de *Union Oil Company of California* bajo el control de *British Petroleum*—, introdujo al mundo a la devastación de los derrames transnacionales al verter alrededor de 164 millones de litros de petróleo en las costas de Inglaterra y Francia. Todos los intentos de limpiar el derrame probaron ser inútiles. Se intentó remover el petróleo quemándolo con napalm, se lo intentó hundir con explosivos, luego se intentó lavarlo con decenas de miles de toneladas de detergente y eso incluso intensificó los niveles de toxicidad para el ecosistema marino. “En ese momento pensamos que estábamos haciendo un buen trabajo porque el petróleo estaba desapareciendo”, recuerda Gerald Boalch, biólogo marino de la *Marine Biological Association* del Reino Unido que estuvo implicado en el evento, “pero algunos colegas hicieron pruebas de laboratorio y se dieron cuenta de que el petróleo se estaba volviendo incluso más tóxico para la vida marina porque se hizo soluble y, por lo tanto, más organismos lo podían incorporar en sus sistemas”.

<sup>7</sup> Planteado por primera vez en la conferencia de Río de Janeiro de 1992.

<sup>8</sup> Ver: Karl Marx, *El capital. Libro 1, capítulo VI (inédito)*. D.F.: Siglo XXI, 2009.

<sup>9</sup> En el contexto de lo que la academia llama “urbanización planetaria” el fenómeno de la gentrificación sobrepasa los límites oficial de las áreas urbanas.

quiero decir es que, literalmente, todas las cosas que encontramos en nuestra vida cotidiana, las máquinas y los electrodomésticos que usamos en nuestros trabajos y en el hogar, los edificios en los que vivimos y los autos en los que nos desplazamos, e incluso nosotros mismos, nos volveremos parte del ‘Internet de las cosas’.<sup>10</sup>

Los promotores del desarrollo sostenible hoy celebran las posibilidades abiertas por la microelectrónica. Un fantasma ronda las conferencias de los tecnócratas verdes: el de la planificación racional. La expectativa es que con la total existencia desdoblada de la naturaleza en internet sea posible gestionar un uso eficiente de los “recursos naturales”, resolver los problemas de desplazamiento de mercancías, ajustar la “brecha” entre la oferta y la demanda, etc. Emerge otra relación de la sociedad con su entorno caracterizada por la planificación espacial, el control, de los flujos (flujos de mano de obra, de capitales, de automóviles, de energía, de materias primas, etc.) y sus conexiones.

Aunque desde finales del siglo XIX se sabe que la revolución industrial está detrás del creciente deterioro del ambiente, hoy, en una nueva aplicación desesperada del principio *deus ex machina*, se espera que sea otra revolución industrial la que nos salve. La consigna es la de siempre “el desarrollo de las fuerzas productivas os hará libres”.

## Más allá del borde del precipicio

De una u otra forma, todos los observatorios del desastre concuerdan en que la relación de nuestra sociedad con la naturaleza está en el centro del conflicto. De ahí que la idea del *antropoceno* sea un acuerdo tácito entre los expertos<sup>11</sup>.

¿De dónde proviene este conflicto con nuestro entorno? ¿No es esa también una preocupación vertiginosamente antigua? Las condiciones han cambiado considerablemente en el desarrollo de los últimos 10.000 años; la civilización industrial no es la primera que afecta su entorno drásticamente. Ya en la antigüedad se registraron intervenciones humanas de gran escala. En algunos casos provechosas, como la manipulación del río Nilo; en otras con un efecto mucho más negativo, como la deforestación de Grecia. Se cree que el maíz es un desarrollo de la agricultura mesoamericana al que se llegó producto de miles de años de “manipulación genética”<sup>12</sup>. Pero los efectos de la humanidad sobre su entorno, aunque significativos, no parecen haber tenido antes el nivel de autodestructividad que caracteriza a nuestra civilización industrial. En

---

<sup>10</sup> John Barrett, *The Internet of Things: Dr. John Barrett at TEDxCIT* [video], 2012. Disponible [aquí](#).

<sup>11</sup> Ver: Anthropocene Working Group, “Media note: Anthropocene Working Group (AWG)”, 2016. Disponible [aquí](#).

<sup>12</sup> La manipulación genética no tendría por qué ser algo ante lo cual oponerse. La vida de los humanos en el planeta ha contado con esto como una de sus herramientas en la adaptación. Hoy, sin embargo, producto del avance de las ciencias y la tecnología, no solo un proceso que se realizaba a lo largo de varios años de prueba y error (en el caso del maíz fueron por lo menos 9.000) se ha reducido a un par, sino que también se han abierto nuevos campos de experimentación que permiten hasta la recombinación genética de especies distintas. Esto introduce un factor de riesgo e incertidumbre que sí es discutible no meramente en términos morales y de salud, sino también en cuanto al propósito de este desarrollo y a los medios tecnológicos y legales (patentes, propiedad privada) que lo hacen posible.

este sentido, lo que es transhistórico no es su supuesta “condición plaga” (su “mal-estar”, su “naturaleza” violenta, la “superioridad” del macho, etc.), sino el *metabolismo* entre los humanos y la naturaleza, puesto que, en tanto organismos, debemos entrar en una interacción con el entorno para reproducir nuestras vidas.

Lo que caracteriza a los humanos es que, al hacerlo, se liberan de la “primera naturaleza” —oponiéndose a ella, pero sin dejar de formar parte integral de ella— para nacer como seres sociales a una “segunda naturaleza”. Así, su actividad productiva y reproductiva, la que los lleva a establecer vínculos entre sí y con su entorno, se constituye y presenta frente a ellos como un espacio específico de relaciones: historia congelada que *aparece* como (segunda) naturaleza.

Bajo la dominación capitalista, la segunda naturaleza se constituye como un enorme dispositivo mortífero de *autovalorización*. Al reorganizar radicalmente el metabolismo de los humanos y la naturaleza desde la perspectiva de la transformación de *trabajo muerto* en dinero<sup>13</sup>, el capitalismo transforma y profundiza las contradicciones surgidas de las modificaciones sociales que la naturaleza recibe e internaliza. Así, de la mano de la transformación del mundo en mundo de la economía (proletarización global y mundialización del mercado), hemos pasado rápidamente de los efectos inmediatos en términos microclimáticos a los efectos de alto impacto a escala global. De ahí que algunos científicos no hablen tan solo de antropoceno, sino más bien de *capitaloceno*<sup>14</sup>.

La inercia del sujeto automático que transforma todo el planeta y toda la actividad sobre él en dinero, no conoce de límites geográficos o políticos, solo de limitaciones técnicas. La “Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional Suramericana” [IIRSA] es una constatación de esto.

El plan de proyectos de la IIRSA, cuyo comité técnico cuenta entre sus miembros al Banco Interamericano de Desarrollo [BID], se estructura en torno a diez ejes, franjas multinacionales de territorio, e implica una nueva planificación territorial que se superpone a la territorialidad política impuesta por el Estado nación. La IIRSA está planificada y trazada desde el centro del continente hacia las costas subordinando a los países sudamericanos a Brasil, por una parte, y a toda la región a las transnacionales, por otra. Que quede claro, aunque la IIRSA erosiona la soberanía del Estado nación esto no implica su desaparición; más bien, la territorialidad sobre la que proyecta su dominio se supedita al mercado mundial a través de la mediación de organismos como el BID o el FMI.

---

<sup>13</sup> “El capital es trabajo muerto que sólo se reanima, a la manera de un vampiro, al chupar trabajo vivo, y que vive tanto más cuanto más trabajo vivo chupa. El tiempo durante el cual trabaja el obrero es el tiempo durante el cual el capitalista consume la fuerza de trabajo que ha adquirido. Si el obrero consume para sí mismo el tiempo a su disposición, roba al capitalista” (Karl Marx, *El capital*, libro primero, D.F.: Siglo XXI, 2008, p. 279–80). Lo mismo puede ser dicho de otro modo, solo en la sociedad capitalista el trabajo vivo, al producir mercancías, se transforma en trabajo muerto representado en forma de riqueza abstracta (dinero).

<sup>14</sup> Consultar el trabajo de Jason Moore.

Marx entendió el carácter de robo inherente al desarrollo de las fuerzas productivas capitalistas a través del estudio de los últimos avances de las ciencias naturales de su época. Las investigaciones del químico Justus von Liebig en torno a la agricultura y los fertilizantes minerales, y de Carl Fraas a propósito del cambio climático y la deforestación, entre otras, le mostraron que el modo de producción capitalista es un monstruo insaciable al que no le importa si una gran parte del planeta se vuelve inhabitable mientras la acumulación de capital (valor que se valoriza) sea posible.

Y todo progreso de la agricultura capitalista no es sólo un progreso en el arte de *esquilmar al obrero*, sino a la vez en el arte de *esquilmar el suelo*; todo avance en el acrecentamiento de la fertilidad de éste durante un lapso dado, [es] un avance en el agotamiento de las fuentes duraderas de esa fertilidad [...] La producción capitalista, por consiguiente, no desarrolla la técnica y la combinación del proceso social de producción sino socavando, al mismo tiempo, los dos manantiales de toda riqueza: *la tierra y el trabajador*.<sup>15</sup>

El desarrollo de las fuerzas productivas, que deriva de la competencia entre capitalistas, compelidos a producir más en menos tiempo para sobrevivir en la selva del valor, fue alimentada durante la segunda revolución industrial por el consumo de los recursos energéticos de petróleo y gas. Esto llevó tanto al agotamiento de estos recursos como a la alteración del clima global. La humanidad y la naturaleza son saqueadas por un poder que la propia actividad fetichista de producción y reproducción social ha puesto en marcha, pero que, como en la peor pesadilla, esta no logra reconocer como parte de sí<sup>16</sup>.

El dinero ejerce un poderoso efecto de encantamiento sobre la humanidad. Tal es su fuerza que, a pesar de todos los pronósticos y mediciones exactas de la magnitud de la catástrofe que pende sobre nosotros, nada parece hacer mella en su ciclo reproductivo. Lo que es producido por los humanos, se vuelve contra los humanos. De esto tampoco escapan quienes actúan como explotadores del trabajo y parecen beneficiarse del *orden de cosas*. Tal como los proletarios, estos son meros funcionarios del capital, administradores privilegiados del hechizo que transforma todo en dinero y basura.

La última versión de este hechizo, la revolución industrial de la microelectrónica, sentenció a muerte las relaciones sociales de producción capitalistas. La sofisticación actual de la maquinaria abre la posibilidad de creación de grandes masas de valor con una mínima incorporación de trabajo abstracto humano en el proceso de producción, sin embargo, estas masas de valor tienen problemas para realizarse en el intercambio. El capital ya no tiene nuevos mercados donde descargar su creciente masa de mercancías y ni el abaratamiento de las mismas consigue hacer que una población empobrecida —expulsada estructuralmente de la relación capital-trabajo— las compre. De ahí su huida a la acumulación ficticia donde el dinero se aumenta a sí mismo mediante la actividad mágica de la especulación.

---

<sup>15</sup> Karl Marx, *El capital*, libro primero, Madrid: Siglo XXI, 2009, p. 612–13.

<sup>16</sup> Unas de las características más generales de las “pesadillas” es que son un tipo de sueño en el que nos frustramos a nosotros mismos. Ver Fritz Perls, *Sueños y existencia*, Editorial Cuatro Vientos, 2002.

Pero el capital ficticio corre el riesgo de desvanecerse si no se fija. Por eso invade el planeta creando lastres que deben servir al proceso de valorización. En este sentido, la IIRSA es una de las respuestas del capitalismo a la implosión de la civilización mercantil que surge de un capital estructuralmente improductivo. La nueva planificación territorial propuesta en pos del saqueo permite la producción del espacio en tanto mercancía (el capital se fija en la tierra en forma de puentes, termoeléctricas, carreteras, etc.) demandando así la función del consumo (y en general la función del intercambio) de parte de los capitales nacionales e internacionales.

Tradicionalmente se ha hablado de dos momentos en la historia de la producción del espacio: el momento en que la naturaleza domina el espacio social<sup>17</sup> y el momento en que la naturaleza “localizada” —despedazada en “recursos naturales”, “áreas protegidas”, etc.—, retrocede. Quizás con el desarrollo de la crisis socio-ambiental planetaria podría hablarse de otro momento en que la naturaleza avanza haciendo estallar las estructuras y procesos que pretenden dominarla.

## La humanidad aprenderá a volar

El efecto que han tenido estos intentos de actualización de la estrategia económica sobre el territorio dominado por el Estado chileno, en todas sus diferentes escalas y versiones anteriores, puede funcionar, para quién esté falto de pruebas o datos sobre la catástrofe, como una flagrante constatación del poder de la empresa capitalista.

El territorio chileno, con su flora y fauna brutalmente saqueadas y su población humana condenada a las formas más extremas y violentas de la dictadura del dinero, se ha transformado en un paradigma de los desiertos tóxicos que deja a su paso la civilización industrial<sup>18</sup>.

Desde el 18 de octubre de 2019, sin embargo, su protagonismo no se debe solo a la devastación y destrucción de los experimentos políticos y económicos<sup>19</sup>, sino también a que se ha transformado en terreno de una disputa directa entre los que trabajan para mantener la inercia

---

<sup>17</sup> El espacio social puede entenderse como el resultado del conjunto de acciones que rodean a los objetos y las relaciones que los producen. Según Lefebvre, el “espacio (social) no es una cosa entre las cosas, un producto cualquiera entre los productos: más bien envuelve a las cosas producidas y comprende sus relaciones en su coexistencia y simultaneidad: en su orden y/o desorden (relativos) [...] Efecto de acciones pasadas, el espacio social permite que tengan lugar determinadas acciones, sugiere unas y prohíbe otras. Entre esas acciones unas remiten al universo de la producción, otras al del consumo (es decir, al disfrute de los productos)” (*La producción del espacio*, Madrid: Capitán Swing, 2013, p. 129).

<sup>18</sup> El petróleo ha sido el recurso energético que impulsó de manera más importante el desarrollo industrial de nuestra época. Su extracción ha estado marcada por horribles catástrofes. Ya fue mencionada la de Torrey Canyon y conocidos son los derrames en la Amazonía. En la época de su escasez, una imagen paradigmática de la campaña autodestructiva del desarrollo incesante y sin sentido de la autovaloración son las postales de la extracción de petróleo de las arenas bituminosas de Alberta, provincia de Canadá. Esta ha destruido el bosque boreal dejando tras de sí extensas superficies de arenas negras tóxicas. Según información del *Global Forest Watch*, 775,000 hectáreas han sido deforestadas en la región entre los años 2000 y 2013, y los efectos de las alteraciones del hábitat se extiende por más de 12.5 millones de hectáreas.

<sup>19</sup> Desde el llamado “experimento chileno neoliberal”, hasta su particular código de aguas, pasando por su larga colección de tratados internacionales, sus *landlords* canadienses, españoles, italianos y chinos, su famosa industria minera, forestal y salmonera, sus “zonas de sacrificio”, etc

autodestructiva que caracteriza al mundo del dinero y quienes han despertado para accionar el freno de emergencia.

El pueblo chileno, impulsado por una juventud que perdió el miedo<sup>20</sup>, está realizando un experimento social de proporciones nunca antes vividas. Los eventos que se han registrado en los últimos meses pueden relacionarse con revueltas como la de 1957<sup>21</sup> y otras de fines del siglo XIX y principios del XX, pero con dificultad alcanzan realmente a compararse en magnitud e intensidad. A escala global la revuelta invita a recordar las Comunas y el Mayo de 1968 en Francia<sup>22</sup>, y aún así resultan comparaciones vagas.

Sin embargo, las referencias históricas no son antojadizas. En igual medida a la permanente reorganización impuesta por la economía sobre el territorio, ha surgido una forma de contestación firmemente enraizada en la inmediatez de la vida cotidiana. La revuelta chilena, que fue en su origen totalmente espontánea, descentralizada y salvaje (en el sentido de la ausencia total de líderes, dirigentes e ideologías), se ha ido articulando con el tiempo en torno a lo que se conoce como “Asambleas Territoriales”, en su mayoría también calificadas como “autónomas”.

Estas asambleas territoriales operan transformando directamente el espacio social y mental. Se organizan a partir de un nuevo uso del tiempo, uno que irrumpió catárticamente esas primeras semanas de insurrección. “No volveremos a la normalidad porque la normalidad era el problema”, fue una de las respuestas del pueblo insurgente al primer intento de manipulación mediática del Poder.

Las asambleas están creando nuevas relaciones, no basadas en el interés monetario, ahí donde antes había una comunidad completamente segregada por las obligaciones que impone la esclavitud capitalista (el trabajo, el equipo o partido, la industria cultural, las obligaciones burocráticas, todas las formas de consumo a las que se ha reducido la vida cotidiana, etc.). En octubre la rutina se interrumpió radicalmente para abrir paso a un universo de posibilidades que antes estaban solo marginalmente al alcance de nuestra consciencia ordinaria, sino completamente fuera de vista. La insurrección chilena cambió y está cambiando (intermitente o momentáneamente) *la vida* de las personas en el sentido más concreto.

Si los gerentes y defensores de la máquina explotadora se apoyan en la política como parte central de su estrategia de dominación, el gesto original de las asambleas territoriales —previo a la represión psicológica que significa el proselitismo político dentro de estas organizaciones espontáneas, y más allá de la reducción de la lucha al espectáculo de las elecciones y la división impuesta por los operarios del Poder entre aprobar o rechazar<sup>23</sup>— fue y sigue siendo mantener

---

<sup>20</sup> Ver: “Sobre la rebelión estudiantil y la revolución social que se avecina“ escrito en junio de 2019, disponible [aquí](#).

<sup>21</sup> Ver: “La insurrección de 1957 de Valparaíso, Santiago y Concepción: Lo que no cuenta la historiografía común”, disponible [aquí](#).

<sup>22</sup> Ver: Raoul Vaneigem, “Hacia la Comuna”, 2020, disponible [aquí](#).

<sup>23</sup> Ver: Hernan Leighton, “El poderío del movimiento social detrás del Apruebo: el fenómeno político que lleva la «pole position» para el plebiscito del 26 de abril”, 2020, disponible [aquí](#); y “Convención constituyente o asambleas territoriales autónomas?”, disponible [aquí](#).

por fuera a los partidos, organizaciones políticas e ideologías en general. La primera característica de estas asambleas es, justamente, que el vínculo es espacial, concreto y experiencial, no ideológico. En esto radica su fortaleza. Las asambleas tienen la posibilidad de afectar su territorio porque ese lugar, en términos concretos, les *pertenece*. Su actividad hace emerger un conflicto latente: esta “propiedad” nada tiene que ver con el sentido abstracto de propiedad que defiende el Estado de Derecho burgués y la democracia asociada a él.

El conflicto, como decíamos, el Poder lo disfraza de una simple distinción entre izquierda y derecha. La división que se crea es profunda (separa lo que aspira a estar junto), y se expresa con una violencia cada vez más generalizada entre dos bandos creados desde arriba. El clima de guerra que se apodera de la vida es real, pero solo en cierto sentido. La verdadera guerra que se libra es completamente asimétrica cuando uno de los bandos cuenta con toda una estructura estatal, militar, jurídica y mediática para gestionar su monopolio de la violencia y garantizar la victoria frente a un enemigo que se defiende a punta de esperanza, solidaridad, autogestión y creatividad.

“Esta revolución me devolvió las ganas de vivir y no es chiste”. Declaraba otra consigna que circuló ampliamente los primeros días de revuelta. Esa energía inicial, esa chispa de vitalidad orgánica es la que guarda el potencial de cambio de este movimiento, que va de lo consciente a lo inconsciente y viceversa, abriendo ojos ahí donde el Estado intenta cerrarlos a punta de cañón.

La vorágine del dinero siempre opera así, dividiendo, desplazando y aniquilando geográfica y psicológicamente, material y espiritualmente a masas cada vez más grandes de humanos. Durante el 2018 la cifra oficial de refugiados escapando de distintas catástrofes humanas sobrepasaba los 70 millones. Y esto solo contabiliza los desplazamientos ocasionados por guerras, genocidios y otros tipos de migraciones forzadas que caracterizan al tercer mundo (Honduras, Sudán del sur, Siria, Bangladesh, etc.). La versión actualizada de esta cifra, sumándole los números oficiales de desplazados por el cambio climático<sup>24</sup> es posible que sobrepase los 100 millones. Ahora, si se considera también a los desplazados dentro de las ciudades producto de la gentrificación o en regiones rurales producto de la devastación originada por la industrialización de la naturaleza (madereras, pesqueras, mineras, empresas eléctricas, etc.), la cifra resulta difícil de asimilar por su magnitud.

Una ola de contestación contra este empobrecimiento programado se expande por el mundo. Basta con el anuncio de una subida del precio del transporte público (Chile), de la tasa de combustible (Francia), del precio del pan (Sudán), etc., para que aflore un impulso de ruptura con los resultados mortales de la producción capitalista. De ahí que los eventos recientes en Chile tengan una relevancia internacional y que la posibilidad que están abriendo los insurgentes del mundo esté conectada con su capacidad para transformar esta ola de contestación en un movimiento internacional que dispute a escala local y de la vida cotidiana la hegemonía global y

---

<sup>24</sup> Según el *International Displacement Monitoring Center*, solo en la primera mitad del año 2019 se reportaron 10.8 millones de nuevos desplazados en el mundo de los cuales 7 millones fueron gatillados por desastres y 3.8 por conflicto y violencia.

abstracta del dinero<sup>25</sup>. Esta es la única salida al *déjà vu* al que hemos sido condenadxs por la inercia de nuestros actos.

No hay ninguna garantía de éxito, pero una parte de nosotrxs está dispuesta a intentarlo. En la carrera desesperada del progreso hemos perdido la consciencia de que ya pasamos el borde del camino y corremos en el aire por sobre el precipicio. Para salvarse la humanidad deberá aprender a volar, ya no con máquinas sino con su propio cuerpo recuperado, lo que exige que despliegue todas sus potencialidades.

El pueblo chileno y los de otros territorios insurrectos están haciendo un esfuerzo por remontar el vuelo, ensayando una vida para la que no hay una receta definitiva ni respuestas prefabricadas. El trabajo que se hace es, más bien, el de un parto.

El nacimiento no es un acto; es un proceso. El fin de la vida es nacer plenamente, aunque su tragedia es que la mayoría de nosotros muere antes de haber nacido así. Vivir es nacer a cada instante. La muerte se produce cuando ese nacimiento se detiene. Fisiológicamente, nuestro sistema celular está en un proceso de continuo nacimiento; psicológicamente, sin embargo, la mayoría de nosotros dejamos de nacer en determinado momento. Algunos nacen muertos; siguen viviendo fisiológicamente si bien, mentalmente, su aspiración es volver al seno materno, a la tierra, a la oscuridad, a la muerte; están locos o muy cerca de estarlo. Otros muchos van un poco más lejos por el camino de la vida. No obstante, no pueden romper el cordón umbilical del todo, como si dijéramos; permanecen simbólicamente, ligados a la madre, al padre, a la familia, la raza, el Estado, la posición social, el dinero, los dioses, etc.; nunca surgen plenamente como ellos mismos y, en consecuencia, nunca nacen plenamente.<sup>26</sup>

JM y RB, **2&3Dorm**

Marzo 2020

---

<sup>25</sup> Ver: Raoul Vaneigem, “Unidad y diferencias en las insurrecciones de Francia y Chile”, 2020. Disponible [aquí](#).

<sup>26</sup> Erich Fromm, *Budismo Zen y psicoanálisis*, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2016, p. 96.